

Evolución en el arte declamatoria

Aunque no parece entrar en las intenciones de Filóstrato hacer una historia de la Segunda Sofística, ni, por supuesto, marcar líneas de evolución en el arte de los declamadores cuyas biografías constituyen su obra *Vidas de los sofistas*, no parece ocioso pensar que, en los casi dos siglos abarcados por el libro, la literatura oratoria ha experimentado novedades. Tal vez, considerando algunas observaciones de la colección biográfica, se puedan percibir, reflejadas en ella, ciertas variaciones en los modos literarios de los sofistas.

Como suele, el autor rehúye los términos precisos que podrían dar a su libro aparente intención escolar, omite las precisiones cronológicas y cualquier comentario destinado a evidenciar tendencias consistentes. Hay que contar también con el tono ensayístico de sus opiniones, recordar que juzga a sus colegas de profesión, naturalmente, con arreglo a sus criterios, y que pone en el baremo de su estimación elementos que no pertenecen al texto literario, como la habilidad en la improvisación oratoria, la calidad de los recursos auxiliares de la realización oral (voz, gesto, atuendo, dotes de actor) o circunstancias personales como la familia, la riqueza o la consideración social.

Precisamente en la biografía del personaje que inicia la serie de componentes del nuevo movimiento sofístico, Nicetes de Esmirna, hay algún dato utilizable como indicio de la evolución inevitable del género oratorio. Nicetes, dice Filóstrato¹, «se aparta de la antigua oratoria política». Es un modo de decir «elocuencia clásica ática». El sofista de

1 *Vidas*, I, 19, 511.

Esmirna, que es famoso en el reinado de Nerón y conocido por el emperador, no se distingue por su fidelidad a los modelos canónicos, prefiere un estilo al que Filóstrato califica de ditirámbico y báquico, lleno de expresiones singulares e insólitas. Por otra parte, Nicetes «ha encontrado al arte de la retórica aislado en un mal rincón». No puede precisarse exactamente qué se nos quiere decir con esto. ¿Se alude a la escasa calidad² *personal* de los sofistas del s. I d.C. hasta Nicetes o al estado insatisfactorio, en general, del género oratorio? El renacimiento de la elocuencia griega que alborea en el s. II a.C., debido a causas intrínsecamente helénicas todavía sin explicar por completo, recibió un impulso adicional inestimable con la aceptación por Roma de la educación retorizante griega y el subsiguiente entusiasmo por la declamación artística. Había desde el último tercio del s. I a.C. un público dispuesto, como nunca había estado anteriormente, a verter su entusiasmo sobre la oratoria de salón. Había también en todas las ciudades excelentes maestros y rétores, escuelas de seria eficacia probada, declamadores brillantes que continuaban orientaciones sin sorpresas. La euforia de Dionisio de Halicarnaso³ por las novedades de estilo (mejor la vuelta a la norma) en algunos sectores de la oratoria a fines del s. I a.C. no estuvo apoyada por la aparición de un grupo de grandes oradores. Aun existiendo buena cantidad de declamadores⁴ parece que debe achacarse al exiguo talento de los partidarios de tal viraje de la oratoria, como al de los mantenedores de los excesos que reprueba Dionisio, esta baja calidad a que Filóstrato alude con breves palabras despectivas.

En seguida, poco más jóvenes que Nicetes, dos sofistas

2 Filóstrato parece indicarlo así cuando menciona a Ariobarzanes de Cilicia, Jenofrón de Sicilia y Pitágoras de Cirene, que «parecían no ser capaces de concebir un discurso ni tampoco de expresar lo que habían pensado, solo que por falta de sofistas auténticos eran buscados con interés por los griegos de su época lo mismo que las arvejas son buscadas por los que no tienen trigo».

3 Cf. Introducción a *Sobre los antiguos oradores*.

4 Pueden verse citados en la obra de Cicerón, Séneca el Viejo, Estrabón, Plinio el Joven, Juvenal y mil fuentes más. Cf. G. Kennedy, *The Art of Rhetoric in the Roman World* (Princeton 1972) *passim* y más recientemente C. Wooten, 'Le développement du style asiatique pendant l'époque hellénistique', *REG* 88 (1975) 94.

ilustres, Iseo de Siria⁵ y Dión de Prusa (ca. 40 y 112 d.C.) representan modos oratorios diferentes en variados aspectos al del primero; uno y otros continuando, llevados de su genio personal, tendencias estéticas conocidas. En la misma línea de Nicetes, su discípulo Escopeliano de Clazomenas⁶ es considerado por algunos «indigno del círculo de los sofistas, motejándole de ditirámico, inmoderado⁷ y romo». Filóstrato hace una defensa vehemente del clazomenio⁸ sin olvidarse de enumerar aquellas de sus características menos gratas para él mismo (según se desprende de sus criterios, repetidamente, en el libro) y para sus contemporáneos: abusa de la tragedia tratando de igualar a su maestro en grandilocuencia, es ampuloso, prodiga los efectos sonoros, se agita durante sus declamaciones como en delirio báquico. Un discípulo de Polemón⁹ llegó a decir de él que declamaba redoblando el tambor. Si se tienen en cuenta las habituales rencillas entre los estudiantes de distintas escuelas, defendiendo como excelente el estilo de sus maestros, esta *chria* nos lleva a suponer que entre la oratoria de Polemón¹⁰ y la de Escopeliano, su maestro, había diferencias importantes. Tal vez no se limitaban al grado de teatralidad en sus exhibiciones declamatorias, sino a algunos rasgos de lengua que revelaban influencia de otro de los maestros de Polemón, un orador de muy distinta cuerda y estilo: Dión de Prusa, devoto de Platón y Demóstenes, cuya prosa hubiera sido calificada, muy probablemente, de *philosophos rhētoriké* por Dionisio de Halicarnaso. Entre las palabras de los discursos de Polemón, según es sabido, aparecían aquí y allá cierto tipo de tér-

5 Que tiene unos sesenta años ca. 100 d.C. Segundo de Atenas, maestro de Herodes, es igualmente sencillo en su estilo, cf. I, 26, 544.

6 Su embajada por el asunto de los viñedos, ante Domiciano, se fecha ca. 92 d. C. Lo oyó Herodes, muy joven, en Atenas, ca. 117.

7 Como se ve, son los mismos adjetivos que Filóstrato ha aplicado a su maestro. No cabe, sin embargo, dudar, de los éxitos clamorosos de Escopeliano. Cf. I, 20, 515.

8 Maestro famosísimo al que oyen jóvenes de todos el mundo helénico, improvisador admirable, político eminente, abogado, declamador aplaudido en sus magníficas personificaciones de Darío y Jerjes. Probablemente hay, entre otras, las siguientes causas para la apología de este hombre cuyo estilo difiere tanto del suyo propio: sus triunfos indiscutibles, el número de sus alumnos y la circunstancia de haber sido modelo de improvisador para Herodes Atico.

9 Cf. I, 20, 520.

10 Que vive hasta ca. 143.

minos que, en el ático literario (en esencia, común a todos los escritores de la época, barrocos o no), testimonian variaciones de lengua interesantes. Son las variaciones que iniciaban el camino hacia una insistencia más amplia de características que otros sofistas introdujeron con frecuencia relevante y sirvieron para reiniciar con mayor vigor las tendencias que a fines del s. I a.C. denunció Dionisio de Halicarnaso. Filóstrato resalta, por otra parte, en Polemón lo «demosténico» de su talento. Seguramente no se está refiriendo sólo al tono emocional y vehemente de su estilo, de sonoridad semejante a la de la trompeta olímpica¹¹. Un poco antes¹² del pasaje aludido ha recordado que la multitud aclamaba a Herodes Atico diciéndole «Eres como Demóstenes». Pero el mismo parangón, válido para dos modos oratorios que suelen tenerse por distantes, el de Polemón y Herodes, para algunos representante eximio de una tendencia estilística polar, sugiere coincidencias de todo orden. Además de que Herodes mientras vivió alabó siempre a Polemón y lo tuvo por maestro, aunque lo oyó cuando ya era él mismo sofista experimentado.

Otro sofista que no ha logrado aún la fama que merece¹³ en tiempo de Filóstrato es Alejandro de Seleucia¹⁴. Sabemos que realizaba el protagonismo del sonido en sus discursos y que Antíoco de Egas¹⁵ lo censuraba como hombre que sentía voluptuosa debilidad por la mera belleza fónica de las palabras. Ambos, Alejandro y Antíoco, habían oído las lecciones de Iseo de Siria, pero Alejandro «adquirió de Favorino el delicioso atractivo de su discurso». Tal vez Alejandro, como Favorino, «fascinaba a sus oyentes con el remate del discurso que llamaban oda y yo, en cambio, ansia de aplausos», dice Filóstrato en I 8, 492, y los embrujaba con los efectos sonoros de su voz y el ritmo de sus palabras. Casualmen-

11 Cf. I, 25, 542.

12 *Ibid.*, 539.

13 Cf. I, 24, 527. Lo mismo ocurría con Marcos de Bizancio, discípulo de Iseo, «natural y sencillo» como su maestro. Era gran improvisador y puede que ninguna otra cosa más digna de ser recordada.

14 De edad aproximada a la de Herodes. Solía cuidar de su belleza con artificios, emplastos y ungüentos, brillo en las uñas, dientes y cabello, perfumado con exceso. Por tanto, más que maduro en el reinado de Antonino Pío (138-61) que se burló de sus afeites. Fue secretario imperial de Marco Aurelio (161-80).

15 Cf. II, 5, 574.

te, podemos leer el juicio emitido por Herodes cuando oyó a Alejandro de Seleucia en Atenas, corrigiendo la áspera crítica de uno de sus discípulos: «Alejandro es un Escopeliano sobrio»¹⁶. Las burlas de Antioco, la opinión adversa de los jóvenes y las palabras de Herodes están diciendo que el gusto general rechaza, avanzado el s. II, ciertos ingredientes del estilo de Alejandro, aunque ya aparecen atenuados en él respecto de los que, no mucho tiempo atrás, había cultivado Escopeliano frenéticamente.

Buen número de los oradores del s. II y comienzos del III adoptaron para su estilo personal rasgos del de Herodes, Polemón (que en último término retrocede a Nicetes, más grandilocuente que sus mejores discípulos) o los continuadores literarios de Iseo de Siria. Filóstrato atribuye influencia lineal, como más importante aunque no única, a estos sofistas. Casi podría hablarse de escuelas. Los formados en las tendencias de Iseo se distinguen por la notoria sencillez y uso parco de los efectismos sofisticos. Herodes y los que a él se asemejan tienden a un ponderado equilibrio entre la grandiosidad y la sencillez. Los adeptos de Polemón se expresan con vigoroso ímpetu y rica ampulosidad. Ninguno de los términos aplicados es precisamente definidor, aparte de que todos los sofistas suelen usar, según sugiere la oportunidad y el tema y permiten sus capacidades, recursos oratorios de una u otra de las grandes figuras contemporáneas o del pasado. Sus estudios, lecturas y entrenamiento los capacitan suficientemente para ello, como sugiere la parodia que, repentizando, hace Adriano de Tiro de un puñado de sofistas distinguidos¹⁷.

Pocos son los que se crean características de estilo netamente diferenciadas. Las de Elio Arístides¹⁸, el más erudito de los declamadores de época imperial, el más acabado conocedor de las reglas retóricas y eminente en la preparación reflexiva del discurso, son resultado de aplicación estudiosa. A fines del s. II ya hace tiempo que en los tratados de retórica figuran todos los géneros minuciosamente analizados, todas las normas sobre recursos de estilo estudiadas

¹⁶ *Ibid.* 573. Armonizaba la expresión moderada con las audacias de la mentalidad sofística.

¹⁷ Cf. II, 10, 588.

¹⁸ Que usa ritmos aprendidos de los oradores más exuberantes.

y clasificadas. Hay colecciones y antologías para todo lo imaginable, recetarios dispuestos para ser tomados y usados directamente. Tratando de alcanzar éxitos y fama los sofistas prodigan las más exquisitas muestras de su arte¹⁹ en normal pretensión de originalidad, empresa en la que, aparentemente, no existe el desánimo mientras el público acuda a las exhibiciones de declamación. Filóstrato apunta el recurso a ritmos novedosos (que censura por asemejarse demasiado a los propios del verso) de Apolonio de Atenas, Filagro de Cilicia y Filisco de Tesalia. Pero también recoge una inclinación que va generalizándose en varios discípulos de los epígonos surgidos de las enseñanzas magistrales impartidas por rétores ya nunca superados. Como un indicio de fatiga y deseo de cambio en medio de tan penosa emulación se produce una economía calculada en el despliegue retórico, lo que Filóstrato designa por «sencillez». Fénix de Tesalia exponía sus temas escuetamente, sin que sus palabras los engalanaran; Proclo de Naucratis se expresaba con simplicidad; Quirino de Nicomedia se distinguía por su claridad de lenguaje y período de miembros breves; el estilo de los discursos de Filisco de Tesalia era más bien propio de una conversación; Aspasio de Ravena, todavía vivo cuando se escriben las *Vidas*, era demasiado sencillo y sobrio, además de amigo de novedades sin incurrir en vulgaridad.

Todavía hay un par de breves noticias que sugieren cambios de sensibilidad o gusto. Heráclides de Licia, a comienzos del s. III publicó un *Nicetes enmendado*, «sin darse cuenta de que intentaba engastar en un coloso primicias de pigmeo»²⁰. Ahora bien, Heráclides carecía de imaginación²¹ para hacer otra cosa que eliminar de los discursos de Nicetes lo que resultaba chocante en la prosa de éste para las modas estéticas del s. III. Otro de estos oradores que se apartan de la elocuencia barroca, Quirino de Nico-

19 Recordamos a Alejandro de Seleucia cuando vuelve atrás en el discurso que estaba pronunciando: «las reflexiones tan brillantemente expuestas por él antes... las trató... con términos tan distintos, con ritmos tan diferentes, que a los que lo oían por segunda vez no les dió impresión de repetirse». Cf. II, 5, 573. Algo semejante era capaz de hacer Hipódromo de Tesalia y, seguramente, otros. Cf. II, 27, 619.

20 Cf. I, 19, 511.

21 Y de otras muchas virtudes profesionales, de acuerdo con su biografía en II 26, 612.

media, abogado del fisco romano en el reinado de Caracalla por su lengua precisa de orador forense, en conflicto con el estilo de su maestro Adriano de Tiro elimina de la obra escrita de éste «cosas que le parecían estar mal dichas»²².

Así pues, no ha habido mudanzas espectaculares en el género oratorio de fines del s. II, pero sí se perciben en la obra de Filóstrato nuevas orientaciones en la elocuencia artística. Tras el brillante estilo de los grandes artistas de la declamación sofística imperial, la sensación es de lento, gradual estancamiento de los impulsos renovadores y menor estima del discurso ornamentado de follaje excesivo²³. Con terminología filostrátea, parece haberse impuesto como elegancia de estilo la moderación. Desde el primer tercio del s. III la oratoria sofística de este siglo se mantiene dentro de unos cauces de marcada uniformidad. La formación retórica va resultando más estrictamente normativa, coartando las posibilidades de estilo individual y supliendo con el esperable mecanicismo los fallos de estilo de sofistas menos dotados que sus antecesores.

MARIA C. GINER SORIA
Universidad de Salamanca

²² Cf. II 29, 621.

²³ Así, Filóstrato el joven, pariente del autor de *Vidas*, «limpió de follaje excesivo su elocuencia hasta entonces frondosa», cf. II 33, 628.